

Relatos de docentes

Eulàlia Bassedas

Consejo de redacción

El año 2020 lo recordaremos de modo especial. La pandemia ha dejado una marca en nuestras vidas y estamos aprendiendo a convivir con ella. Siempre recordaremos un día u otro de ese año. Para los maestros de Cataluña, la fecha que siempre les quedará en el recuerdo es el 12 de marzo; fue el día que se anunció que las escuelas e institutos cerraban con el fin de protegernos a todos del virus Covid-19.

Desde la revista hemos pedido a algunos profesionales de la educación hacer el ejercicio de recordar su vivencia a lo largo del confinamiento y el reencuentro con el alumnado. Todos hablan de lo mismo pero cada uno de ellos incorpora un ángulo diferente a su mirada. Por eso son visiones complementarias y todas ellas muy interesantes.

El repentino anuncio de la noticia del cierre sine die de las escuelas, según explican, les provocó desconcierto, caos, miedo, angustia, incertidumbre, sentimientos seguramente compartidos con gran parte de la población. Pronto, sin embargo, las escuelas mostraron una gran capacidad de adaptación a una situación totalmente nueva, poniendo en marcha nuevos modelos de comunicación, nuevos métodos de trabajo y el establecimiento de nuevos vínculos. Como el mundo sanitario, los profesionales de la educación han tenido que encontrar nuevas maneras de hacer su trabajo. Han utilizado la imaginación y estrategias para reinventarse.

Los relatos dejan entrever el valor de la educación presencial: la gran riqueza de la escuela, la importancia de los vínculos y relaciones que se establecen, la gran cantidad de cosas que pasan en el día a día y también el interés de las propuestas didácticas que se ofrecen al alumnado. Muchas de estas situaciones especiales se han perdido durante el confinamiento, pero algunas maestras señalan que, por necesidad, han buscado y encontrado otros modos de trabajar, otras estrategias que quizás ni ellas mismas sabían que podían existir.

Uno de los aspectos que comenta el profesorado y las familias es que el confinamiento ha sido una ventana que ha permitido conocer mejor la realidad del alumnado, su entorno, su familia, y en algunos casos, ha permitido mejorar la relación familia / escuela.

Muchos maestros explican con gran sensibilidad la emoción del reencuentro con el alumnado después del confinamiento. Son situaciones que tampoco olvidarán. La sonrisa en directo en sus caras y también las de sus padres y madres pudo aliviar la dureza de la relación establecida, necesariamente, a través de las pantallas que, de modo inevitable, se hizo usual.

Finalmente comentar que, en nuestro contexto, la vuelta a la escuela ha sido bastante exitosa. Por lo que dicen las autoridades ha habido un pequeño porcentaje de grupos escolares que han tenido que volver a una escuela del confinamiento, a distancia. Parece que se ha acertado en la organización y el funcionamiento en las escuelas a través de lo que se ha llamado grupos burbuja, y tenemos que agradecer el estricto cumplimiento de esta difícil normativa por parte del profesorado que ha permitido que estemos teniendo un curso 2020/21 que se aproxima a una escuela "normal". La impresión es que se ha conseguido hacer vivir al alumnado casi todas las cosas buenas que implica vivir la escuela. No podemos dejar de comentar tampoco la gran capacidad de adaptación que ha tenido el alumnado y que forma parte también del relativo éxito de toda esta aventura.

Seguimos pues, con la presentación de una serie de relatos de profesionales (maestras, profesoras, orientadoras) que trabajan en la escuela y que nos cuentan sus vivencias en el inicio y durante el confinamiento y en la reanudación de las clases durante este curso 2020/2021.

Como muestra de agradecimiento, merecen nuestro aplauso.

El reto de educar en la incertidumbre

Mercè Sayós Coromina

Maestra en la Escuela Vall-llobrega

(Baix Empordà-Girona)

Las crisis suelen representar una radiografía de cada sociedad, una radiografía que nos muestra sus puntos fuertes y sus puntos débiles. La pandemia que vivimos desde hace un año nos ha sacudido a todos en mayor o menor medida, y es probable que nos haya llevado a reorganizar nuestra escala de valores

y a tomar conciencia de lo que realmente es importante en nuestra vida.

El confinamiento también fue el espejo de nuestro sistema educativo. Rápidamente se observaron las enormes diferencias existentes entre centros educativos respecto a recursos, oportunidades, miradas y metodologías. Los alumnos que viven en contextos más desfavorecidos fueron, una vez más, los grandes perjudicados: muchos de ellos no recibieron los dispositivos informáticos que la administración garantizaba.

Por otra parte, se evidenció la diversidad de enfoques pedagógicos de cada proyecto educativo. Mientras algunos claustros dedicaban gran parte de los esfuerzos a diseñar dinámicas y recursos con el fin de cuidar la parte más emocional y relacional de los alumnos, otros buscaban la mejor forma de seguir trabajando y evaluando los contenidos.

En el interior de cada escuela las familias también mostraban preocupación por diferentes aspectos: mientras unas pedían más clases virtuales, otras querían que se respetara su silencio o su decisión de hacer un uso limitado de las pantallas. Encontrar un equilibrio en el que todos se pudieran sentir satisfechos fue enormemente complicado. A pesar de todo esto, los profesionales de la educación hicimos lo imposible para intentar dar respuestas coherentes a las diferentes realidades educativas.

A raíz de los meses de confinamiento, revalorizamos la educación presencial, ya que nos ofrece unas posibilidades que no encontramos en la educación virtual. La proximidad y el contacto directo entre alumnos, docentes y familias; la riqueza de unos vínculos que se fortalecen gracias al día a día en la escuela; los momentos de juego y trabajo compartido; la manipulación de materiales y recursos variados; las conversaciones y debates en corro, el contacto con la naturaleza o las aventuras y descubrimientos en las excursiones, entre muchos otros momentos especiales.

A pesar de las limitaciones de la educación a distancia, también se generaron algunas vivencias significativas. A través de las pantallas, alumnos, maestros / maestras y familias nos adentramos unos en la casa de otros y compartimos parte de nuestra realidad más cotidiana. Esto nos ayudó a conocernos un poco mejor y a tejer nuevas complicidades. En los claustros, también se pudieron observar sinergias de compañerismo en el momento de organizarnos, repartirnos tareas y darnos apoyo más allá de los temas laborales.

La confianza y colaboración entre los diferentes agentes educativos fue uno de los puntos fuertes que como adultos pudimos ofrecer a los niños. Un mensaje que entre líneas les decía: “¡No os preocupéis! ante esta situación compleja, los adultos responsables de vuestra educación nos coordinamos y nos

reinventamos para ofrecer un espacio seguro y enriquecedor”. La mayoría de niños y niñas nos respondieron con una capacidad de adaptación, participación y agradecimiento enorme. Muchos de ellos manifestaban añoranza por la escuela, pero a la vez valoraban disfrutar de un tiempo de atención familiar continuado y que sus maestras, maestros y amistades siguiéramos presentes en sus vidas, aunque fuera en un modo virtual.

Es interesante tener presente cuáles fueron las actividades que nos ayudaron a transitar aquellos duros meses de confinamiento. Gradualmente, intentamos establecer nuevas rutinas para compaginar los largos ratos de teletrabajo con actividades físicas, creativas, culturales, musicales, literarias, culinarias o de jardinería, entre otras muchas. Así pues, tanto desde la escuela como desde casa, intentamos educar en hábitos saludables y en el cuidado del bienestar.

Después de los meses de confinamiento estricto, llegó un verano en el que disfrutamos de cierta tregua en algunas restricciones. Equipos directivos y docentes trabajamos a contrarreloj para la reapertura de las escuelas e institutos. Un reto bastante complicado si tenemos en cuenta que las necesidades reales que se habían manifestado desde las direcciones fueron poco escuchadas y, además, las indicaciones y medidas dictadas por las administraciones cambiaron en varias ocasiones, incluso en el último momento.

Por suerte, muchos de dichos esfuerzos quedaron difuminados en el momento del reencuentro con los niños y niñas. Verlos entrar solos -sin sus familias- con la mascarilla puesta fue impactante. A través de sus ojos podíamos intuir emociones que abarcaban desde la alegría hasta la tristeza, pasando por la inseguridad, el humor, la vergüenza, el miedo o la inquietud. Un cóctel emocional con el cual muchos adultos podíamos empatizar fácilmente.

Hicieron falta unas semanas para acostumbrarnos a las nuevas medidas de seguridad, a la comunicación con mascarilla y a las separaciones de los grupos burbuja. A pesar de la buena predisposición de todos, seguimos viviendo un curso complicado. Es necesario reorganizar horarios siempre que hay personal de baja o grupos confinados; una situación que, a la vez, hace necesaria la combinación de sesiones presenciales con sesiones virtuales. La ventilación en las aulas nos ha comportado pasar frío y la mascarilla suele generar dolores de cabeza o problemas de voz. Y no olvidemos que en los centros hay niños y docentes a quien la Covid-19 ha golpeado muy de cerca.

No es de extrañar que, en medio de esta realidad cambiante y este caos emocional, nos sintamos un poco desbordados. En el inconsciente colectivo de muchas escuelas se continúa respirando angustia y estrés por recuperar lo que no se hizo el último trimestre del curso pasado y por terminar el temario a tiempo. Esta preocupación nos hace correr el riesgo de centrarnos en exceso en los antiguos contenidos curriculares y de dejar de lado aspectos vitales y prioritarios del momento actual.

Es necesario tener presente que la situación de crisis ha puesto de manifiesto la importancia de cuidar las relaciones humanas, el bienestar, el cuerpo, el arte, la cultura y la naturaleza. El currículum educativo ya nos indica que la función de la escuela es "preparar a los alumnos para dar respuestas innovadoras en una sociedad cambiante; ayudarles a pensar y actuar de forma integrada; promover la adquisición de hábitos y valores para resolver problemas y potenciar la iniciativa, la creatividad, el espíritu crítico y el gusto por aprender". Consecuentemente, tiene sentido que nuestra práctica educativa se enfoque en un trabajo globalizado y transversal que fomente las competencias,

valores y habilidades más importantes para hacer frente a los retos que vivimos.

A menudo, la institución escolar pretende preparar a los alumnos "para la vida" refiriéndose a un futuro que nadie conoce. La realidad es que la vida solamente transcurre ahora, en el momento presente. Por este motivo es interesante plantearse cómo podemos educar a los niños y jóvenes en y para su vida presente. Somos conscientes que el presente está lleno de incertidumbres. Así pues, no podemos hacer nada más que educar también en la incertidumbre. La escuela no puede cerrar los ojos ante las circunstancias del presente y esperar que el próximo curso todo vuelva a una "añorada normalidad". Es necesario generar espacios y buscar el tiempo para mirar, hablar y aprender sobre lo que estamos viviendo.

En cuanto al alumnado, les podemos preguntar cómo se sienten, que cosas echan de menos, cómo viven las restricciones, qué cosas creen que podríamos reajustar, cómo creen que podemos seguir vinculados a los amigos de los otros grupos burbuja, cómo podemos ayudar a los compañeros que sufren más o qué están aprendiendo de estos tiempos tan extraños. También podemos reflexionar sobre cómo podemos fortalecer nuestro sistema inmunitario, cómo se vive esta pandemia en los diferentes lugares del mundo, qué ocurre en la naturaleza cuando hay menos contaminación.

Por otra parte, hay que mirar y escuchar también a las familias. Ahora que no pueden entrar en los centros es necesario pedirles si los nuevos canales de comunicación les son útiles e indagar sobre cómo les gustaría seguirse implicando en la escuela. No olvidemos tampoco buscar momentos y espacios para compartir con los compañeros y compañeras de profesión cómo estamos, cómo llevamos el día a día, con qué dificultades nos encontramos y qué estrategias nos funcionan. En definitiva, hay que seguir cuidando las

relaciones humanas entre todos los agentes de la comunidad educativa, ya que sólo desde el bienestar podemos transmitir y educar para el bienestar.

Para atender todos estos aspectos se necesita tiempo. Y a menudo hay tantas cosas a gestionar que resulta complicado abordarlo todo. Será necesario aceptarlo. Ahora que estamos a mediados de curso puede ser un buen momento para parar, reflexionar y compartir qué funciona mejor y qué priorizamos. Puede ser un buen momento para dejar atrás algunas actividades y tareas que ya no tienen mucho sentido y consolidar otras más propias de una educación integral y competencial.

A finales de curso, será un momento clave para revisar los cambios que hemos tenido que aplicar para cumplir con las medidas de seguridad y valorar qué han significado. Por un lado, la mayoría de centros ya tienen bastante claro cuáles son las dinámicas que se recuperaran en cuanto las condiciones lo permitan. Seguro que volveremos a ver a niños y niñas de edades diferentes trabajando y jugando juntos, disfrutando de los diferentes espacios de aprendizaje, celebrando las fiestas juntos e ilusionados por volver a ver las familias dentro de la escuela.

Por otro lado, también será interesante destacar qué cambios han representado un valor añadido en el proyecto educativo y merece la pena incorporarlos. Hay centros que ya están valorando positivamente medidas como la reorganización horaria para favorecer que los docentes pasen más tiempo con un mismo grupo, el aumento de las horas de trabajo globalizado, la disminución de ratios a partir de la creación de nuevos grupos, las entradas y salidas relajadas, el aumento de actividades al aire libre o las posibilidades que nos ofrecen las herramientas digitales. En poco tiempo hemos aprendido a utilizarlas -no sólo para enriquecer la práctica educativa-

sino para crear nuevos canales de comunicación e intercambios con las familias y otros profesionales de la educación.

Está claro que algunas de estas nuevas dinámicas han venido para quedarse. Muy probablemente, cuando hayamos superado la pandemia, ya no vamos a querer volver a la "normalidad pre pandemia" sino que habremos hecho aprendizajes suficientemente importantes para mejorar nuestro sistema educativo. La historia ya ha demostrado en varias ocasiones cómo grandes crisis han significado grandes oportunidades para la transformación y la evolución individual y colectiva. Este es un momento idóneo para educar en la incertidumbre y para aprender a convertir las dificultades en oportunidades.

Correspondencia con la autora: *Mercè Sayós*
Coromina Twitter: @merce_sayos

La escuela en casa

Caterina Clos Bassedas

Maestra de música de la escuela Voramar.
 Barcelona

"12 de marzo de 2020.

Tengo clase de música con los de 2º B. Estamos preparando las danzas que bailaremos dentro de unas semanas en el Palau Sant Jordi y las bailamos con una alegría desbordante, pero ellos aún no saben que mañana no volveremos a la escuela. A las 4, una hora antes de irnos a casa lo explicamos. Por los pasillos se respira un ambiente extraño, los niños y niñas están felices con la noticia ("¡buenas dos semanas de vacaciones!", dicen) pero algunos nos

podemos imaginar que pueden ser algunas más."

Estas palabras las escribí en un "Diario de confinamiento" que no duró más de dos semanas. Me gusta, pero, rescatarlas porque, aunque escribí que nos imaginábamos que aquella situación que empezábamos entonces se podía alargar, nunca hubiera pensado que la soportaríamos hasta ahora.

Hacer un balance de estos meses pasados es difícil. Han cambiado tantas cosas que casi ya no recordamos ni qué había antes. Con este escrito intentaré ir explicando cómo se fueron desarrollando los cambios en la escuela y a nivel personal desde aquel 12 de marzo.

El choque inicial de irse a casa durante unas semanas fue, al principio, un susto más personal que educativo. Como sociedad no estábamos preparados para vivir un estado de alarma, un confinamiento, unos números hospitalarios desbordados, un distanciamiento de las personas queridas, pero, a nivel educativo, en ese momento parecía más sencillo. Como todavía no podíamos ver la dimensión temporal de lo que empezaba, nos preocupaba cómo estarían nuestros alumnos en su casa, pero no nos planteábamos hacer escuela a distancia. Antes de Semana Santa pusimos todos los esfuerzos en hacer unas buenas reuniones de evaluación y unos buenos informes de 2º trimestre. El equipo docente, como muchos otros colectivos, aprendimos aquellas semanas a hacer reuniones online entre nosotros ("¿me oyes?", "¡Apaga el micro!", "¿Cómo puedo compartir pantalla?"), a utilizar unas nuevas herramientas tecnológicas, ... Algunos empezamos a montarnos pequeños platós en casa desde donde grabar los primeros vídeos para nuestros alumnos. Como escuela, además, ingeniamos filmar un vídeo de todo el personal de la escuela haciendo llegar un mensaje a las familias: "La escuela te espera".

Y nos esperó, ¡pero posiblemente más de lo que habíamos imaginado!

También antes del final del 2º trimestre comenzamos a hacer las primeras videollamadas con los grupos-clase. Era emocionante verlos. Nos explicaban lo que estaban haciendo en casa, cómo se habían organizado, anécdotas de sus vecinos y vecinas, ... También enviamos las primeras sugerencias de trabajo para casa, aunque el Departamento de Educación de la Generalitat había marcado ese período como "no evaluable" y, por lo tanto, sólo eran propuestas de trabajo.

Analizando aquellas tres primeras semanas desde la perspectiva actual parece que nos costara un poco arrancar. Sin embargo, repasando las anotaciones, mails y mensajes de aquellos días te das cuenta que lo que predominó fue un desconcierto general. Desde el Departamento de Educación nos llegaban informaciones dadas a la prensa que a menudo no eran claras hasta que no llegaba el comunicado oficial; la escuela tenía que afrontar todas las derivadas laborales del confinamiento; las herramientas tecnológicas que disponíamos y nuestro control sobre ellas como claustro no eran óptimas, etc. Empezaba la incertidumbre (ahora ya habitual) ya menudo tomábamos decisiones que poco después teníamos que cambiar. A todo el desconcierto del momento, sumábamos que, como el resto de la población, nos preocupa lo que pasaba fuera de las cuatro paredes de nuestra casa. La situación era complicada y aquellas tres semanas de aparente poco movimiento, pero en realidad muy movidas, lo reflejan.

Durante la Semana Santa hicimos unas cuantas reuniones de todo el equipo docente porque ya se empezaba a hablar de la escuela a distancia. Empezamos a compartir recursos, criterios e ideas de cómo podíamos gestionarlo y organizarlo.

Creamos un plan horario para nuestros alumnos, adaptado a cada edad y teniendo en cuenta las necesidades de cada curso. En líneas generales, sin embargo, hacíamos dos conexiones con videollamada semanales de todo el grupo-clase con el tutor/a y otro/a maestro/a que entrara en el aula, con lo cual intentamos estar presentes siempre dos adultos. Además, se realizaban también otras conexiones en pequeños grupos o individuales. El martes enviábamos las propuestas semanales que se podían ir devolviendo durante esa semana y la siguiente. Para hacer el retorno de trabajos creamos unas carpetas de Google Drive en las que los/las alumnos/as o las familias podían ir colgando lo que iban haciendo.

Este plan con sus enésimas modificaciones fue lo que acabó perdurando hasta final de curso. No explicaré cada modificación porque me alargaría demasiado, pero el plan se adaptaba constantemente a la situación del momento, teniendo en cuenta criterios pedagógicos, por presiones de las familias, por normas legales o para adaptarnos a las directrices que iba formulando el Departamento de Educación.

De aquellos meses recuerdo mucho nerviosismo a nivel profesional, tanto a nivel personal como de todo el equipo. De hecho, tengo la impresión de que, durante aquellos meses, cambié completamente de trabajo. Mi objetivo general seguía siendo el mismo (hacer descubrir y vivir la música y el arte a mis alumnos), pero había cambiado tanto la manera de llevarlo a cabo, que parecía un cambio de trabajo. Nos teníamos que reinventar completamente. Teníamos que rehacer las actividades, los proyectos, los instrumentos evaluativos, la comunicación entre nosotros, con el alumnado y con las familias, ... A veces comentábamos que nos sentíamos creadores de materiales educativos y correctores de retornos, pero no vivíamos los procesos de aprendizaje de nuestro alumnado

cuando es, precisamente la observación de estos procesos, lo que permite que, en el día a día de la escuela, se modele la práctica docente hacia un lado o hacia otro para favorecer el máximo aprendizaje competencial de nuestro alumnado. Las dificultades fueron muchas y la adaptación del equipo docente a la nueva realidad fue constante.

La escuela virtual se convirtió en rutina, el final de curso se iba acercando y poco a poco íbamos viendo que no volveríamos a la presencialidad durante el curso 19-20. En junio, sin embargo, pudimos hacer unos pequeños encuentros con grupos reducidos de alumnos. Tuve la suerte de poder reencontrarme con 13 alumnos de 5º de Primaria. Ese día fue emocionante. Volvíamos a la escuela y por primera vez nos vimos con mascarilla, distancia social y manos limpias. Primero había nervios y vergüenzas, ¡como si fuera el primer día de curso! Cada alumno contó su experiencia de los últimos meses. Todos valoraban haber compartido tantas horas con la familia y muchos decían que se habían hecho más "amigos" de sus hermanos. Se les notaba adaptados a la nueva situación, resignados y al mismo tiempo tocados a nivel emocional.

Finalmente, a finales de junio hicimos las últimas videollamadas del curso, en las que invitamos a todas las familias a unirse. Despedimos el curso virtualmente, como no nos hubiéramos pensado que haríamos y llegó el momento del balance.

En primer lugar, hay que decir que uno de los aspectos que encuentro más positivo de aquella situación es la corresponsabilidad con las familias de la educación de sus hijos e hijas. Nunca había quedado patente que es un trabajo tan compartido. Esta relación de acompañamiento y colaboración entre el equipo docente y las familias debería ser capital en la escuela tanto este curso como todos los que vendrán. También hay que destacar como cambio positivo el incremento

del uso de material tecnológico en todos los proyectos escolares. Sin embargo, a pesar de querer encontrar el máximo de aspectos positivos del confinamiento para la escuela, pienso que no nos podemos engañar: fue una época dura, de demasiados cambios y poco ideal para un buen aprendizaje y socialización del alumnado. Por ello pienso que lo más importante que nos ha quedado después de aquella situación es la idea de que la escuela debe ser presencial, en grupo y compartida.

Finalmente, quiero terminar con una anécdota que sucedió hace unas semanas en la clase de 3º B, la de esos mismos niños y niñas que hace un año bailaban felices el día 12 de marzo antes de la noticia del cierre. La clase vuelve de un pequeño confinamiento de dos días por un positivo en el grupo burbuja. En la clase de música, escuchamos con los ojos cerrados una música de Beethoven que les gusta mucho y les invito a imaginarse una situación bonita que hayan vivido últimamente. Cuando acaba la música, todos quieren compartir su momento con los demás. Poco a poco lo vamos haciendo. Muchos han imaginado la familia, algunos los abuelos, que ven poco últimamente. Una niña nos dice que ella no ha cerrado los ojos, porque se ha dado cuenta que su momento feliz era aquel, ya que los últimos dos días había echado de menos a sus compañeros. Todo el mundo queda sorprendido y enseguida se hacen un abrazo colectivo reconociendo que a ellos y ellas también les ha pasado. Y yo, que me lo miro de lejos intentando no romper la distancia social, me pregunto si estos niños hubieran sido tan capaces de expresar estas emociones si no hubieran pasado un confinamiento.

Correspondencia con la autora: *Caterina Clos Bassedas*. E-mail: cclos@xtec.cat

La horma de cada zapato

Ariadna Lluís i Vidal-Folch

Profesora de Historia e Historia del Arte
 Academia Guiu

Apenas cien años atrás, algunas familias barcelonesas enviaban a sus hijos a estudiar, en modalidad de interno, en colegios de municipios limítrofes como Sarrià, -actualmente un barrio de Barcelona, desde su agregación municipal en 1921-. Toda una aventura escolarizadora, que actualmente se resuelve sin necesidad de ingresar a los alumnos en pensionados.

El siglo XX acortó las distancias, y el XXI ha acelerado todavía más este proceso. Es así como ya hace algunas décadas que llegó la educación a distancia, muy útil en estudiantes que por razones de toda índole no pueden realizar una formación presencial. La pandemia, lo sabemos, ha tenido que resolver las limitaciones de interacción social con herramientas on-line.

Estas herramientas digitales han sido muy útiles, también, en alumnos internacionales que tienen previsto acceder al bachillerato y a la universidad en nuestro país. Las limitaciones de movilidad no les han permitido, en algunos casos, iniciar el curso de forma presencial en Cataluña, pero sí que lo están haciendo a través de herramientas digitales. Así, en un centro como el nuestro, donde una amplia mayoría de estudiantes proceden de diferentes partes del mundo, hemos pasado de impartir clases 100% presenciales, a 100% online durante la primavera de 2020... para llegar a una fórmula mixta, en la que una misma clase es seguida presencialmente desde las aulas de Barcelona, y simultáneamente y online desde otras partes del planeta –retransmitida en directo-.

Dicha solución, sin embargo, conllevaba otra problemática: los diferentes husos horarios, a veces extremadamente difíciles de compatibilizar para seguir, aunque fuera en modalidad online, una clase en directo: significaba que en las antípodas tuvieran que levantarse durante las horas de sueño para asistir a la clase. Para resolver este contratiempo, en este momento las clases se están impartiendo en triple modalidad: presencial, online en directo y online en diferido (la clase permanece grabada y accesible a través de una aplicación durante 24 horas). La tecnología nos ha permitido ofrecer un zapato a medida para cada estudiante.

Ventanas

Trini Marín Martín

Orientació Educativa

Institut Emperador Carles

Un nuevo escenario educativo

Cada día de mi vida profesional como docente, he podido visualizar el escenario educativo donde llevaría a cabo las diferentes propuestas de enseñanza y aprendizaje que había diseñado teniendo en cuenta a cada uno de mis alumnos y de sus necesidades educativas. Esta representación mental me ha ayudado a prever en cierto modo las dinámicas que se podían dar entre todos los implicados y los recursos que había que disponer para facilitar la participación, el aprendizaje y el confort de todo el alumnado. No siempre he obtenido los resultados esperados, pero la presencialidad de los alumnos en el centro me ha facilitado poder reajustar la respuesta educativa a las necesidades del momento.

A partir del 13 de Marzo, el panorama educativo que todos conocíamos, cambió.

Nunca me había planteado la posibilidad de establecer una relación docente con mis alumnos desde la distancia y con una pantalla como elemento de conexión. El imaginario de mi escenario educativo se había desdibujado, y el nuevo daba pie a muchas variables difíciles de controlar. Por un lado teníamos los alumnos poco hábiles digitalmente, sin dispositivos digitales o conexión a Internet, poco autónomos, con dificultades significativas de aprendizaje... Por otra parte, los alumnos con situaciones de vulnerabilidad social, los "invisibles", los pasivos, los que se angustian ante los cambios, etc. Finalmente, el grupo de alumnos que a pesar de las circunstancias se adaptan con facilidad y pueden seguir adelante con los aprendizajes y con sus vidas.

Las propuestas didácticas con materiales manipulativos, el aprendizaje cooperativo, la interacción como elemento clave en todo el proceso de enseñanza y aprendizaje y el contacto con el otro, habían cogido una dimensión diferente y era necesario hacer una reinterpretación de todo.

Los primeros días lectivos de confinamiento fueron un absoluto caos. El seguimiento y la proximidad con el alumnado, tan fácil desde la presencialidad, se hacían difíciles. El confinamiento estaba aislando a muchos alumnos, no sólo por la posible brecha digital, sino por el propio distanciamiento social y la realidad personal, ya que para muchos de ellos el instituto es un espacio de protección, de conexión y de confort.

Las familias, un elemento clave de complicidad

La colaboración y el contacto con las familias era, más que nunca, imprescindible para poder acceder a un gran número de alumnos y poder seguir haciendo nuestra labor de acompañamiento personal y académico. Sin embargo, para muchas, esta situación los

superaba, y requerían también un apoyo y un acompañamiento muy personalizado por nuestra parte. Para otras, en cambio, fue una oportunidad para involucrarse más significativamente en la educación de los hijos, convirtiéndose en cómplice de los docentes.

Las primeras semanas fueron muy agotadoras física y mentalmente. Quería llegar a todos mis alumnos, sentir que podía continuar enseñando y que todos ellos podían seguir aprendiendo a pesar de la situación. Lógicamente este deseo era muy ambicioso, porque no sólo había cambiado el escenario educativo sino también la realidad de muchas familias y de la sociedad tal y como la habíamos conocido hasta ese momento.

Mis prioridades como docente ahora eran diferentes, porque las necesidades de mi alumnado también eran otras. Al principio intenté ser una especie de heroína que podía "entrar" en los hogares de todos ellos, diversificando tanto como era posible las clases mediante diferentes plataformas: zoom, llamadas telefónicas, correos electrónicos, videollamadas, moodle, classroom... Todo era insostenible, pero sobre todo poco eficiente. Yo sola no podía llegar a todos, ni todos podían llegar a mí.

Padres, madres, abuelos, hermanos... se podían convertir en los perfectos aliados, y por primera vez había una complicidad real entre escuela y familia. La responsabilidad de la educación y el crecimiento personal y académico del alumnado debía ser necesariamente compartida entre todos los implicados (escuela, familia, servicios sociales...).

Aprendizajes significativos y funcionales

Como docente tenía la oportunidad de diseñar propuestas didácticas a partir de condiciones

realmente significativas, funcionales y transversales gracias al nuevo panorama educativo, donde los alumnos en su propio entorno (uno más real que el recreado en las aulas) podían aprender relacionando conocimientos y experimentándolos, sobre todo a partir de sus intereses, habilidades y el propio entorno. Un buen ejemplo han sido los talleres de cocina, de manualidades, experimentos de ciencias, vídeos elaborados por los alumnos, etc.... donde a menudo ha participado algún miembro de la familia y hemos podido ver el potencial educativo de estas experiencias.

Para algunos de mis alumnos, estas propuestas fueron difíciles de realizar ya que no disponen de una red familiar capaz de acompañarlos y motivarlos para realizarlas. Era entonces necesario replantearme cuál sería la prioridad real en ese momento para ellos y ajustarla a lo que necesitaban y yo les podía ofrecer. La parte académica, en estos casos, pasaba a un segundo plano, y la parte emocional tomaba una relevancia que no podía ni quería ignorar. Las llamadas y las videoconferencias acortaron distancia, ya pesar de la frialdad del canal, permitía establecer una nueva forma de vínculo y de acompañamiento.

La vuelta a las aulas

El confinamiento no ha sido igual para todos y nos ha afectado a cada uno de una manera diferente. Muchos de mis alumnos han tenido que enfrentarse a pérdidas de familiares que no han podido despedir, a precariedad económica, a soledad, aislamiento, a falta de intimidad... Cada una de estas circunstancias, como "la escolaridad confinada", nos ha influenciado a todos a la hora de volver a las aulas.

Las imágenes que nos habíamos construido de lo que era la vida en el instituto

a partir de nuestros recuerdos, tomó una dimensión diferente, a pesar de los intentos de anticipación que hemos intentado hacer desde el centro para preparar el retorno. Las emociones parcialmente escondidas bajo las mascarillas, las interacciones sociales muy distantes, el espacio físico y personal muy delimitado. Ha sido necesario hacer un aprendizaje, "desaprendiendo" buena parte de lo que habíamos hecho hasta antes del confinamiento.

La adaptación no ha sido fácil, pero para algunos ha sido especialmente difícil y hasta cierto punto una frustración al hacer un retorno parcial a la realidad que habían dejado unos meses atrás. Para otros en cambio, ha sido una liberación poderse esconderse bajo las mascarillas y saber que el distanciamiento social era normativo y necesario. Todos, profesores, alumnos y familia hemos tenido que aprender a convivir de nuevo con unas condiciones nuevas.

El reencuentro, sin embargo, también ha evidenciado una complicidad diferente con los alumnos y sus familias, seguramente un vínculo mucho más fuerte de lo que habríamos tenido sin el confinamiento. La individualización y personalización nos ha permitido conocer de manera mucho más cercana al entorno de los chicos y chicas del centro, y compartir también con ellos parte de nuestra realidad.

Ventanas que invitan y se comparten

Si tuviera que destacar algún hecho positivo de este confinamiento sería sobre todo que nos ha demostrado a los docentes la capacidad que tenemos para ser flexibles y adaptarnos a las necesidades educativas de los alumnos, sean las que sean. Nunca habría pensado vivir un panorama educativo como el que hemos tenido. La mayoría de nosotros tomamos aire,

espacio, impulso y le hicimos frente. A nadie se le pasó por la cabeza continuar enseñando como lo habíamos hecho hasta ese momento, y mucho menos renunciar a hacerlo con los alumnos que presentaban más barreras (tecnológicas, académicas, personales, familiares ...). Tuvimos que ser creativos y realistas para poder llegar a cada una de las realidades de nuestros chicos y chicas, teniendo en cuenta que era un camino que teníamos que hacer juntos docentes, alumnos y familias.

Las pantallas de los dispositivos han sido ventanas que hemos "abierto" para dejarnos ver, acortar distancias y compartir mucho más que aprendizajes e instantes. Los medios y el entorno condicionan el tipo de interacción que podemos tener, pero es el valor que le damos a la interacción y a las personas, lo que realmente condicionará poder enseñar y aprender juntos a pesar de las circunstancias y los recursos.

Mandarina

Maribel Cuevas Gil

Maestra de l'Escola l'Areny, Cornellà de Llobregat (Barcelona)

Un lunes muy especial para cualquier profesora de un colegio en Cornellà de Llobregat, pero podría ser de cualquier otra escuela de la periferia de una de las grandes ciudades de nuestro país.

Hoy con mis pequeños, como estamos trabajando las frutas de otoño, quería plantearles que intentaran escribir "MANDARINA".

En nuestra escuela hay grupos confinados, pero todos nosotros estamos muy

contentos porque hemos vuelto a clase y podemos jugar con nuestros amigos y amigas.

Hoy el día ha empezado de una manera diferente.

ENTRADA:

El pequeño Julien no ha podido entrar al aula, su estrés ha sido tal que se ha puesto a vomitar en la puerta de la escuela. La mascarilla y pensar en sus compañeros confinados de otros cursos lo ha puesto muy nervioso, tiene miedo y no hemos conseguido calmarlo. Julien ha vuelto a casa, su madre estaba muy preocupada.

La pequeña Luna ha llegado muy tarde a clase, no tenía fiebre, pero estaba muy extraña, decía que tenía sueño y que le dolía la cabeza. Después de hablar del fin de semana ha hecho un dibujo en el que se veía a ella y su amiguita durmiendo juntas. Me explica que están llorando, que tenían miedo y que había un monstruo en la habitación.

Según parece anoche la pequeña Luna se fue a la cama con el móvil y estuvo despierta hasta muy tarde. Papá estaba con ellas, pero cansado, se durmió mucho antes que las pequeñas. Todavía no sé todo lo que vio, oyó o imaginó la pequeña Luna, pero hoy todavía tenía miedo.

Omar dibujó a su papa sacrificando una vaca. Omar viene de lejos y me explica, con la ilusión reflejada en sus ojos, los recuerdos de una fiesta familiar en la que su padre preparaba la carne. Ahora su padre está trabajando en otra ciudad, de vez en cuando viene a visitar a la familia. Quizás, en unos meses, Omar ya no esté con nosotros en clase y viva en Londres. Su padre nuevamente intentará mantener unida a toda la familia como taxista en la gran metrópolis.

"Echo de menos a mi mamá, no he podido verla desde hace mucho tiempo", dice llorando Carlos Alfredo. Está muy nervioso, a veces muy agresivo. Su madre no ha podido regresar de su país. Su padre está a punto de

perder su negocio. Recuerdo la ilusión de su padre justo hace un año, cuando decidió hacerse autónomo y crear su propia empresa. Ya no lleva su traje elegante. Ahora con la gorra y el chándal todavía me cuesta reconocerlo por la tarde al entregar a los pequeños a la salida de la escuela.

SECRETARÍA:

Durante la pausa del medio día fui a dar el nuevo número de teléfono de José a la secretaria del centro. La familia de José ya no podía pagar la cuota mensual del teléfono fijo, ni de internet, no podíamos establecer contacto telefónico con ellos desde hace más de un mes. Hace unos días la hermana de José se puso enferma en horas de clase y no pudimos localizar a la familia. Hoy ya tiene un teléfono de prepago por si la maestra tiene que llamar a mamá en caso de emergencia.

La familia de José también ha perdido su negocio. Ahora con la beca del comedor y del material escolar la familia está más tranquila. Yo también lo estoy con un teléfono de contacto.

La secretaria del centro me comunica que en la reunión de la comisión social de hoy han informado de los desahucios que se llevarán a cabo esta semana. Hay varias familias de nuestro centro, dos de los pequeños de nuestro nivel se verán afectados.

Siguiendo con el mismo tema también le facilito a la secretaria el teléfono y el correo electrónico de Nadia. Su madre, con la ayuda de otra madre que le hace de intérprete, me explica que su marido no la informa de las notificaciones del centro.

El papá de Nadia trajo a su familia a vivir aquí el mes de septiembre pasado y ahora no tiene nada que ofrecerles. Necesita ayuda: ha perdido el trabajo, no puede pagar el piso. La hermanita de Nadia nació esta primavera, una boca más para alimentar. Pronto serán desahuciados por segunda vez. A veces pierde los nervios y levanta la mano.

La tensión en clase se palpa, se puede desgajar... ¡Mandarina!

Jugamos con los frutos del otoño, jugamos con las letras, jugamos en el patio, hacemos psicomotricidad, cantamos, cosemos, jugamos con los números, bailamos...

Dejamos "MANDARINA" para mañana...

YA EN CASA:

Por la tarde, en casa, cuando hago mis estiramientos y me relajo, lloro y me pregunto:

¿Realmente lo que me preocupa es el coronavirus?

Si caemos enfermos los padres de Enric y las madres de Nora, todos ellos médicos y enfermeras, tratarán de curarnos a pesar de que están muy cansados. Han estado trabajando muy duro durante muchos meses, muchos, muchos días seguidos. Pero todos ellos intentarían hacer lo que esté en sus manos.

¡Todo esto no tiene sentido!

Cuando podamos quitarnos la mascarilla ¿qué encontraremos?

¿Podremos seguir hablando de nuestros miedos?

¿Seremos capaces de denunciar las injusticias?

¿Podremos decir que tenemos miedo de que nuestro padre/madre o nuestros hijos se queden sin trabajo?

¿Podremos tener un trabajo decente?

¿Podremos imaginar un futuro digno para todos?

¿Podremos reclamar nuestros derechos?

¿Y los derechos de los niños?

¿Podremos tener acceso a la cultura?

¿Los bailarines, actores, músicos y todos los artistas continuarán necesitando las iniciativas de caridad impulsadas por el "Mercat de les Flors" (Institución de referencia de las artes escénicas y la danza en Barcelona) para poder comer como los padres de Boris?

¿Podremos volver a tener una casa digna, sin tener que vivir todos juntos en una habitación realquilada?

Mi cabeza no para de darle vueltas a la cruda realidad del momento que nos ha tocado vivir. Esa realidad que como una apisonadora se impone en el día a día de todos nosotros en este nuevo curso, un curso muy diferente.

Pienso, pienso y lo que tengo claro es que en mi día a día defenderé los derechos de los niños, los derechos de las mujeres, de todos. Pienso que en la escuela tenemos que trabajar para dar una educación de calidad e igualitaria.

Pienso que mañana seguiré transmitiendo alegría a los más pequeños, aprenderemos jugando y disfrutaremos estando juntos en clase o en el patio. Pero también seguiré reclamando donde sea necesario un futuro digno para nuestros niños y niñas.

Necesitamos gobernantes que piensen que lo más importante, lo más valioso que tienen, es la gente, es su pueblo.

Gobernantes que no lo llenen todo de cemento, sino que vuelvan la mirada hacia la NATURALEZA, esa naturaleza que echábamos de menos en el confinamiento cuando desde nuestros balcones aplaudíamos a la sanidad de nuestro país y solo veíamos cemento por todos lados.

Necesitamos más inversión en el sector público, cultura, políticas sociales...

9-11-2020

Cornellà de Llobregat

[MANDARINA]

Viernes 13

Nadia entra llorando a la escuela, su madre intenta entrar al centro, pero el conserje no la deja pasar.

Conserje: Discúlpeme, no puede entrar al centro.

Mi compañera atiende a la mamá y yo a la pequeña.

Maestra: Buenos días, ¿está todo bien mamá?

Mamá: Sí, todo bien.

La pequeña sigue llorando.

Maestra: Nadia nos dijo que ya no está en casa.

Mamá: No, hemos cambiado de piso...

Silencio

El orgullo, el miedo, la vergüenza, el respeto nos hace callar.

Los niños y las niñas al menos pueden llorar, gritar sin pensar si es correcto o no. Ya encontraremos el momento de hacer una fría videoconferencia con la familia o tal vez podamos hablar en una zona bien ventilada y fría del centro. Seguramente encontraremos la manera de dar la oportunidad para hablar de su situación actual a la familia, aunque el tema estrella será la evolución académica de Nadia...

Soy maestra, pero estas situaciones deberían hacernos reflexionar a todos, a la sociedad en su conjunto.

¿Qué ratio permitiría atender esta diversidad en las clases, qué recursos necesitaríamos, cuántos profesionales deberían trabajar conjuntamente con los maestros en el centro educativo?

Cualquier reivindicación en educación siempre tiene la misma respuesta. La respuesta es:

"No hay dinero para educar, para formar a aquellos que serán el futuro de nuestro país"

Yo me pregunto:

¿Seguro que no hay dinero o es que no interesa?

Hoy tengo claro que la carta a los Reyes Magos de este año será diferente. En clase le pediremos al "Mag Maginet" (personaje de la ciudad que ayuda a los Reyes

Magos a llegar a nuestra ciudad) que entregue estos mensajes:

1. Al **rey**, que este año nos traiga de oriente los sacos de oro que tiene guardados para su pueblo. Así los podrá distribuir entre todos aquellos que lo necesiten.
2. A **los pajes reales**, que distribuyan **los beneficios** entre los que trabajan todos los días, entre los que han perdido su trabajo o su casa y entre los que ni con su miserable salario llegan a final de mes.
3. Y a los que **velan por la seguridad y la justicia** de todos nosotros, que les diga que la mejor defensa hoy lleva bata blanca. Ellos investigan, nos cuidan, nos curan, nos inmunizan. También los hay con batas de colorines que nos enseñan a pensar, a jugar, a cantar, a bailar, a compartir, a amar, a respetar, a sentir, a disfrutar de la cultura y a ser libres.]

13-11-2020, Cornellà de Llobregat

Correspondencia con la autora: *Maribel Cuevas Gil* E-mail: mcuevas6@xtec.cat

Con todo... seguimos aprendiendo

Gemma Argelaga Ordi

Profesora del CFA El Roure, Polinyà

Quiero empezar este relato y con un doble agradecimiento. En primer lugar, dar las gracias por la oportunidad, a través de este

pequeño escrito, de hacer visible lo que ocurre en los centros de educación de personas adultas (a menudo olvidados e ignorados por el sistema educativo). En segundo lugar, mi más profunda gratitud para mis alumnos, porque son fuente directa de grandes aprendizajes vitales.

Así que, vista la presentación, y pensando que la parte logística y administrativa vivida por los docentes de otras etapas no distan mucho de lo que vivimos en la EPA (Educación de Personas Adultas) se me ocurrió que lo que más podía interesar (y de paso entender la dificultad docente para poder llevar a cabo el gran encargo de facilitar aprendizajes) es saber la lucha adaptativa del alumnado de los centros de EPA, durante la pandemia, para poder seguir aprendiendo. Lo podrá apreciar en los relatos del alumnado. Vivencias del alumnado de tres cursos particularmente especiales del centro donde trabajo. Además, representan el perfil de alumnado más vulnerable que tenemos en la EPA. son un buen ejemplo, y altavoz, de las brechas que se han hecho evidentes durante el confinamiento

Para cerrar el escrito, de manera breve, quiero concluir con una enumeración para poner sobre papel todas aquellas brechas que he visto, mientras atendía y acompañaba a mi alumnado, se han agrandado de manera evidente. Cada brecha es peligrosa porque, aparte de excluir y potenciar el aumento de desigualdades, atentan directamente a derechos fundamentales (derecho a la libertad, a la vivienda, a la nacionalidad, a un trabajo digno, a alimentarse; a aprender ...)

- Brecha de género (crianza no compartida todavía; doble presencia; mala distribución de tareas domésticas; agresión y violencia familiar ...)
- Brecha digital (Por falta de competencia digital; conexión;

dispositivos; espacio y tiempo adecuados)

- Brecha laboral (trabajos precarios; economía sumergida; explotación laboral ...)
- Brecha sociocultural (Mayor desatención por invisibilidad de colectivos por razón de origen, cultura y clase social)
- Brecha Generacional (invisibilidad de situaciones de abandono y abuso a personas mayores).

Aunque el registro comenzó siendo un trabajo de expresión escrita, para poder ayudar en la exposición, y ser más igualitaria, decidí registrar a mi alumnado individualmente y de manera oral. El trabajo que ahora llevo a cabo, y que puedo disfrutar gracias a este artículo, es que se escuchen, no sólo entre sus grupos clase, si no entre colectivos.

Ser empáticos es fundamental para acercarnos las unas a las otras, para mejorar la convivencia y velar por la Paz social, requiere ponerse en la piel del otro, pero con la perspectiva del otro, no la propia. En eso estamos también los centros de EPA.

Pandemia

Irene López Moreno

Maestra de Primaria,
 Institut-Escola Teresa Alet

Poco me podía imaginar que mientras tomaba el café en la sala de maestros el jueves 12 de marzo y hablaba con los compañeros y compañeras sobre la situación de Italia, acabaríamos cerrando la escuela esa misma tarde. Ni tampoco habría imaginado que aquellas dos primeras semanas de confinamiento serían las primeras de muchas

que vendrían. De un día para otro me convertí en maestra virtual en construcción. No teníamos referentes previos "de enseñanza y aprendizaje virtual"; ni nosotros ni los alumnos ni sus familias ni el mismo departamento de educación. Así que nos tocó entre todos y todas buscar las herramientas y las vías de comunicación que nos permitieran continuar enseñando y aprendiendo.

Las primeras semanas fueron una adaptación, pero una vez vimos que el confinamiento se alargaría tuvimos que replantearnos nuestras propuestas: ¿Cómo podemos continuar enseñando sin la presencialidad? ¿Cómo podemos motivar y acompañar a nuestro alumnado en estas circunstancias? ¿Qué herramientas virtuales y recursos tienen ellos/as y nosotros para poder hacer este trabajo? ¿Cómo podemos sumar con las familias? ¿De qué manera podemos colaborar entre los maestros? Y así, a partir de formularnos preguntas, es que empezamos a construir propuestas más globales teniendo presentes diversos ámbitos. Fue una gran oportunidad para conocer más las fortalezas del equipo docente y abrir un nuevo espacio para la creatividad, ya que disponíamos de más tiempo y no estábamos ligados a la intensidad del día a día de la escuela. Sin embargo, también hubo momentos de mucha carga de trabajo y tensión. Tuvimos que hacer un esfuerzo extra para organizarnos y comunicarnos de forma clara y eficiente para hacer mejor nuestro trabajo y tener también tiempo de descanso.

Aunque estaba motivada e implicada en la preparación de estas propuestas y me entusiasmaba poder colaborar con otros docentes, tuve la convicción de que no estoy hecha para ser maestra virtual: echaba mucho de menos los niños y niñas. No sólo los echaba de menos, sino que a veces, sentía frustración de no poder estar físicamente acompañándolos y no poder ver sus ojos si

estaban comprendiendo y haciendo las tareas que les dábamos.

Por este motivo, la relación con las familias y los alumnos fue uno de los aspectos en el que tuvimos que trabajar más. Primero, para reconectar la escuela con aquellas familias que en las primeras semanas habían desaparecido y con las que no había comunicación. Y después, tuvimos que buscar un sistema de comunicación que no dejara a nadie atrás y recordara a las familias y al alumnado que detrás de los mensajes diarios que los enviábamos había personas que se preocupábamos por ellos/as y que buscábamos la mejor manera de continuar ayudándoles a aprender. Así es como aparecieron las llamadas de los viernes. Al final de cada semana hablábamos un rato por teléfono con las familias y los alumnos sobre qué tal había ido la semana. No sólo preguntábamos por las tareas escolares sino también para la semana en general. Al principio era extraño, e incluso alguno de los alumnos nos admitió que esto de hablar por teléfono con la maestra les daba un poco de vergüenza. Pero, semana tras semana, veíamos como algunos alumnos se sentían cómodos y con ganas de charlar y como las familias también agradecían nuestra presencia, aunque fuera por teléfono.

Si algo me ha ayudado a recordar esta experiencia, es que la educación no está cerrada en las cuatro paredes de la escuela y que necesita estar conectada a la realidad y al tiempo en que nos toca vivir en cada momento. Y los maestros, entre otros agentes educativos de nuestra sociedad, estamos llamados a hacer que esto suceda. Y así lo hemos demostrado siendo resilientes, esforzándonos y trabajando con lo que hemos tenido en las manos y en nuestro alcance.

Ahora, estamos en proceso de recuperarnos de aquel primer confinamiento y nos da la sensación de que hemos vuelto a una aproximada "normalidad". Quizás, una vez recuperamos un poco más el aliento,

tendremos que reflexionar un poco más profundamente sobre cómo la pandemia nos ha empujado a la transformación y qué implicaciones tendrá a partir de ahora en el trabajo de hacer de maestros.

Agradecimiento

Teresa Serra Santasusana

Maestra jubilada. Ex-directora de la escuela Vila Olímpica de Barcelona

“El agradecimiento es la memoria del corazón”. Lao Tse

Se cierra el primer trimestre, cien días de escuela en plena pandemia. El verano queda lejos, sin embargo hay sentimientos que aún se recuerdan: incertidumbre, miedo, perplejidad, angustia...

El verano se convirtió en el preámbulo de la incertidumbre: pensar, estructurar, cambiar, volver a pensar, volver a estructurar, dos y tres veces... Los equipos directivos hacían y deshacían para volver a hacer y para acercarse a un horizonte que nadie conocía del todo.

El día 14 de septiembre llegó: entradas escalonadas, itinerarios marcados, grupos burbuja tan reducidos como las filigranas con los espacios daban de sí, reparto de los maestros para consolidar las tutorías, todo el mundo con mascarilla, hidrogel en todo momento, cambios en los recreos, comidas en las clases, informar a las familias del nuevo curso, establecer contacto con Salud para mantener la epidemia en lugar, confinar grupos, organizar pruebas PCR...

Pocos días después de recomenzar, oí voces de las maestras, de las directoras, todas coincidían en la satisfacción de estar en las

aulas con los niños y niñas: Cuando estás en la clase, haces lo que has hecho siempre, enseñar y aprender con ellos, pero ahora con la mascarilla puesta y muchos lavados de manos.

Los niños enseguida hicieron suyo el nuevo curso, aprendían, jugaban, con la mirada hacia adelante. Lo que no querían era volver a aprender sólo mediante la pantalla. La escuela es vida, es mirarse, es escucharse, es sentirse cerca de los demás. Es con los demás cuando aprendemos. Las maestras y los maestros hilaban para que en las clases se pudiera tejer el aprendizaje. Y este curso, la hilatura no tenía protocolo, se tenía que inventar día a día: coger el algodón o la lana, pasarla por el huso para que saliera un buen hilo y tramarlo en el tejido. Probar, rehacer, descubrir los caminos del aprender. Todos en la escuela contribuían a que la urdimbre estuviese a punto de tejer.

La llamada a hacer de maestro ha tomado protagonismo en estos tiempos inciertos. Este sentimiento proviene de no se sabe dónde, pero es de muy adentro, y sale, se asoma, y lleva a buscar, observar, inventar, probar caminos y más caminos, que promuevan el aprendizaje de todas las criaturas. La vocación ha sido una pieza clave a la hora de hacer escuela bajo la pandemia.

Las maestras y los maestros no han estado solos. El equipo les ha dado apoyo para sostener sus angustias y las de los niños, para promover iniciativas, para ofrecer apoyo a la maestra al lado, cuando desfallece. Se ha hecho patente de forma nítida y clara, que la escuela educa con la conjunción y la red de todos los maestros.

Pero la escuela conforma una comunidad educativa que va más allá de los niños y las maestras; todo el personal que trabaja en ella participa en la educación de los niños y las niñas. Y las familias, que dibujan un anillo que circunda la escuela, han tenido un papel decisivo. Se han tenido que compartir las

incertidumbres y los miedos para poder seguir caminando juntos.

Vivir en tiempos de pandemia, más allá de sobrevivir, requiere la colaboración de todos y el reconocimiento de la labor que hacen los demás. Es una deuda moral expresar la valía de los maestros para continuar educando, porque ellos y ellas han tenido el

protagonismo en hacer de la escuela un refugio seguro. La gratitud refuerza los lazos sociales y promueve la autoestima.

Gracias, maestras y maestros, por hacerlo posible.

Correspondencia con la autora: *Teresa Serra Santasusana*. E-mail: tserra@xtec.cat